

¡Triste vejez, como ladrón nocturno  
Sorpréndenos sin armas ni defensa,  
Y con la extremidad de su ala inmensa  
La copa del placer vuelca Saturno!

¡Aprovecha el minuto y el instante!  
Hoy te ofrece rendida la hermosura  
De sus castos hechizos el tesoro,  
Y llamándote ufana en la espesura  
Suelta Pomona sus cabellos de oro.

En la popa del barco empavesado  
Que navega veloz rumbo á Citeres,  
De los amigos el clamor te nombra,  
Mientras tendidas en la egípcia alfombra  
Sus crótalos agitan las mujeres.  
Las ramas perfumadas del nephtento  
Cuya virtud disipa la tristeza,  
Las jóvenes esclavas de Salento  
Cantando ceñirán á tu cabeza.

Deja, por fin, la solitaria playa  
Y, coronado de fragantes flores,  
Descansa en la harquilla de las diosas:  
¿Qué importa lo fugaz de los amores?  
¡También espiran jóvenes las rosas!

México, Febrero de 1886.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

## EL POETA Á LAS MUSAS.

Tengo de preguntaros ¡oh divinas  
Musas! si el plectro humilde que meñeo  
Mejor produzca los marciales himnos,  
Y dé armonía al cántico guerrero;  
Ó de natura los preciados dones  
Ensalce al són de cadenciosos versos,  
Ó en églogas armónicas repita  
De Tíuro el cantar y Melibeo.

Decidme, sacras Musas, si el coturno  
Trágico calce de grandioso fuego  
Henchido el corazón; ó si la trompa  
Que puede producir los cantos épicos  
Empuñe osado; ó si la ebúrnea lira  
Vagos intenten dominar mis dedos  
Para caajar el aire de armonías  
Dulces como las mieles del Himeto.

Yo ansio la corona que la Fama  
Brinda á los sacerdotes de lo bello,  
Y corro en busca del divino lauro  
Verde siempre al fulgor apolíneo.

En su loco afanar la mente mía  
Alza á la altura el atrevido vuelo,  
Y se embebe en la luz de lo infinito  
Al admirar á los pasados genios.

Rudo en mi oído escucho resonante  
El exámetro rígido de Homero  
Y el són melífluo de la flauta de oro  
Que inventa Pan dentro los bosques griegos.

Siglos pasados, extendiendo el arte  
Su eterna luz y su poder excelso,  
Materia de inmortales concepciones  
É instrumentos y voz al bate dieron.

Batió el Pegaso el ala voladora,  
Irguió la crin y del Olimpo heleno  
Hirió la cumbre con el leve casco:  
Y el poeta preludeó su hosanna eterno.

El padre Apolo derramó su gracia,  
El padre Apolo del talante regio,  
Aquel del verso rítmico y sonante  
Que llenaba el abismo de los cielos.

Y fué el poeta de laurel ceñido  
Del rubio dios en los alegres juegos,  
E infinita cadencia inagotable  
Brotaba de sus labios entreabiertos.

Pero este siglo, Musas, tan extraño  
Del arte universal á los portentos  
¿Á quién no infunde temerosa idea  
Por más que lleve ardores en el pecho?

¿Qué ley ha de seguir el que vibrante  
Bordón del arpa pulsa, y el soberbio  
Cantar pretende á las sonoras alas  
Confiar ansioso, de los vagos vientos?

Cruje la inmensa fábrica y retumba  
Incesante golpear de broncos hierros;  
Y tal parece que martilla el yunque,  
Gobernador del mundo, Polifemo.

Decidme si he de alzar voces altivas  
Ensalzando el espíritu moderno;  
Ó si echando al olvido estas edades  
Me abandone á merced de los recuerdos.

Porque es más de mi agrado el engolfarme  
En mis tranquilos clásicos recreos,  
En pasadas memorias, y en delicias  
Que me suelen traer días preteritos.

Ya no se oye de Eschylo la palabra  
Vibradora y terrible como el trueno,  
Ni repite rapsodio vagabundo  
Las rudas notas del mendigo Homero.

Calló el rabel de Teócrito apacible  
Que amor cantó de rústicos monteros,  
Rodaron las estatuas de los pórticos  
Y enmudeció el oráculo de Delfos.

Hoy el rayo de Júpiter Olímpico  
Es esclavo de Franklin y de Edison:  
Ya nada queda del flamante tirsó,  
Y el ruin Champagne sucedió al Falerno.

Las abejas del Atica libaron  
Flores sagradas de divinos pétalos,  
Alimentadas con la savia pura  
Que á raudales brotó de virgen suelo.

Se congregaban los poetas todos,  
Y fijos en el lauro de Menemno,  
Pulsaba los alambres de las cítaras  
Inventando dulcísimos conciertos.

Y así reinaba el arte poderoso,  
De par en par las puertas de su templo,  
Y bajo un cielo azul iban errantes  
Las balsámicas brisas del Egeo.

Todo acabó. Decidme, sacras Musas,  
¿Cómo cantar en este aciago tiempo  
En que hasta los humanos orgullosos,  
Pretenden arrojar á Dios del Cielo?

Nicaragua, 1886.

RUÉN DARIO.

## MUERTAS YA!

En el altar do mi infancia  
Tenía sus complacencias,  
Con candorosa ignorancia  
Puse, llenas de fragancia,  
Las flores de mis creencias.

Pasaron pronto los años:  
Con el hielo de la fría  
Experiencia, y los amaños  
Del mundo y sus desengaños,  
Secóse la ofrenda mía.

Al romperse el frágil prisma  
Que era como hermosa venda,  
Y al ir por distinta senda  
El alma y la mente en cisma,  
Ésta venció en la contienda.

Amistad, fe, gloria, amores,  
Humo no más disipado!....  
Este mundo de traidores,  
De miserias y rencores,  
No es el mundo aquel soñado.

Y no es necio escepticismo,  
No, por Dios! que bien quisiera  
Salir de este negro abismo,  
Y, engañándome á mi mismo,  
Volver á la fe primera!

Quisiera que jamás idas  
Mis ilusiones de arañño,  
Mantoviéranse creidas,  
Aunque fuesen tan mentidas  
Como ilusiones de niño.

¡No vuelven á do derivan  
Los ríos; no da fulgores  
El antro con sus horrores,  
¡Ni es posible que revivan  
De mis creencias las flores!

México, 28 de Abril de 1886.

LUIS G. RUIZ.

## APÓLOGO.

Á CLEMENTINA DE VÈRE.

No sé por qué favor la diosa Flora  
Pidióle á una zagala recompensa.  
— ¿Qué he de darte, le dijo la cuitada,  
Si del prado y vergel eres la reina;  
Si al trasponer el sol los horizontes  
Dorados rayos sobre tí refleja,